

á su duración actual, sino en cuanto á su duración futura, ó sea al despertar. La muerte es un sueño en que se olvida despertar al durmiente, pero todo lo demás despierta, ó mejor dicho, permanece despierto (1).

Ante todo debemos convencernos de que la forma del fenómeno de la voluntad, ó en otros términos, la forma de la vida ó de la realidad no es más que lo *presente* y no lo porvenir ni lo pasado, que no existen más que para la abstracción y por el encadenamiento de la conciencia, sometida al principio de razón. Ningún hombre ha vivido en lo pasado y ninguno vivirá en lo porvenir; lo *presente* sólo es la forma propia de toda vida, pero ésta es una propiedad que nadie puede arrebatarle nunca. Lo presente está siempre allí con todo cuanto encierra; continente y contenido permanecen firmes, inquebrantables, como el arco iris por encima de la catarata. Pues la vida está asegurada á la voluntad, y el presente asegurado á la vida por manera inmutable.

Cierto que cuando pensamos en los millares de años

(1) La observación siguiente podrá ayudar á comprender que el individuo no es más que el fenómeno y no la cosa en sí, á aquellos á quienes no parezca demasiado sutil lo que vamos á indicar. Todo individuo es, por una parte, sujeto del conocimiento, es decir, condición complementaria de la posibilidad del mundo objetivo, y por otro fenómeno individual de la voluntad, que se objetiva en todas las cosas. Mas esta doble naturaleza de nuestro ser no descansa sobre una unidad existente por sí misma, pues de ser así podríamos llegar á la conciencia de nosotros mismos *por nosotros mismos é independientemente de todos los objetos del conocimiento y de la voluntad*, cosa que nos es imposible. Por el contrario, cuando, tratando de llegar á este conocimiento, descendemos á lo íntimo de nuestro ser, y concentrando nuestra inteligencia hacia nuestro interior, procuramos encontrarnos, nos perdemos en un vacío sin fondo, y nos vemos semejantes á una esfera hueca de vidrio, en medio de la cual resuena una voz cuya causa no está dentro de ella, y mientras tratamos así de comprendernos á nosotros mismos, no nos estremecemos al hallar tan sólo un fantasma inconsistente.

que han pasado y en los millones de hombres que vivieron, nos preguntamos: ¿Qué fueron? ¿Qué se ha hecho de ellos? Pero no tenemos más que recordar lo pasado de nuestra propia vida y evocar vivamente en nuestra imaginación aquellas escenas, para preguntarnos nuevamente: ¿Qué fué de todo esto? ¿Qué se ha hecho de ello? Lo mismo que sucede en nuestra vida pasa con la existencia de esos millones de hombres. ¿Habríamos de creer acaso que por haber sido sellado por la muerte, lo pasado adquiriría una existencia nueva? Nuestro propio pasado, hasta el más próximo, hasta el día que acaba de transcurrir, no es más que un vano ensueño de la imaginación, y el pasado de todos esos millones de seres no es otra cosa. ¿Qué es lo que fué? ¿Qué es lo que existe? Lo que ha sido y lo que es, es la voluntad cuyo espejo es la vida y el conocimiento separado del querer, que percibe distintamente en ese espejo á la voluntad.

El que no haya comprendido todavía ó no quiera comprender esta verdad, cuando se haga las preguntas anteriores acerca del destino de las generaciones pasadas, debe añadir otra interrogación: debe preguntarse cómo es que él tiene la dicha de poseer ese *presente* tan precioso y tan fugitivo, que es lo único real: por qué esos centenares de generaciones, todos esos sabios y todos esos héroes de otros tiempos, que cayeron en la noche del pasado, han desaparecido en la nada, mientras que él, ese insignificante yo, existe realmente; ó, en términos más breves, aunque extraños, deberá preguntarse por qué este presente, el presente suyo, existe precisamente en el momento actual y no ha existido ya desde hace mucho tiempo. Al hacerse esta rara pregunta, consideraría su existencia y su tiempo como independiente el uno de la otra, y á la primera como colocada en el segundo; admitiría, en verdad, dos presentes, uno pertene-

ciente al objeto y otro al sujeto, y se asombraría del azar venturoso que los ha hecho coincidir. Pero en realidad (como lo he demostrado en mi *Disertación sobre el principio de razón*) lo que constituye el presente no es más que el punto de contacto entre el objeto, cuya forma es el tiempo, y el sujeto, que no tiene por forma ninguno de los modos del principio de razón. El objeto es la voluntad hecha representación, y el sujeto el correlativo necesario del objeto; pero objetos reales no los hay más que en el presente, pues el pasado y el porvenir no encierran más que abstracciones y fantasmas del espíritu; luego el presente es la forma esencial é inseparable del fenómeno de la voluntad.

Lo presente es lo único que existe siempre y permanece inquebrantable. Esencialmente fugitivo cuando se le considera empíricamente se presenta á la mirada metafísica, que ve más allá de las formas de la percepción empírica, como la única cosa permanente, como el *nunc stans* de los escolásticos. La fuente y el sostén de su contenido es la voluntad de vivir ó la cosa en sí, en otros términos, nosotros mismos. Lo que nace y pasa incesantemente, sea por haber ya sido, sea porque debe llegar ahora, pertenece al fenómeno como fenómeno en virtud de las formas de éste, que hacen posible el nacer y el morir. Por consiguiente deberá decirse: *¿Quid fuit?—Quod est—¿Quid erit?—Quod fuit*, tomándolo en el sentido literal de las palabras, y entendiendo por esto no *simile* sino *idem*, pues la vida está asegurada á la voluntad y el presente asegurado á la vida. Cada cual puede decir así: «Poseo para siempre el presente y me acompañará como mi sombra á través de la eternidad; por lo tanto, no tengo que preguntarme de dónde viene ese presente, ni cómo es que existe en este preciso instante.»

Se puede comparar el tiempo á una circunferencia

que gira sin cesar: la mitad descendente sería lo pasado, la ascendente lo porvenir, y en la cima, en el punto indivisible que toca la tangente estaría lo presente, que no tiene dimensiones. Y como la tangente no es arrastrada en la rotación, el punto de contacto entre el objeto, con su forma del tiempo, y el sujeto, que no tiene forma, pues es la condición de cuanto puede conocerse sin poder ser conocido él mismo, está inmóvil. El tiempo puede ser comparado también á un río impetuoso y lo presente á una roca contra la cual se rompe el río sin poder arrastrarla.

La voluntad, como cosa en sí, no está sometida al principio de razón, como no lo está el sujeto del conocimiento, el cual, bajo cierto aspecto, es finalmente la voluntad ó su manifestación, y así como la vida, ó sea el fenómeno, está asegurada á la voluntad, también le está asegurado el presente, única forma de la vida real. Por tanto, no debemos indagar lo pasado antes de la vida, ni lo futuro después de la muerte, sino reconocer que lo *presente* es la única forma bajo la cual la voluntad se aparece á sí misma (1), forma que no le faltará jamás, pero que tampoco carecerá nunca de la voluntad. El que ama la existencia tal como es, el que afirma con todo su poder la vida, puede considerarla con completa seguridad infinita y desechar el miedo de la muerte como una ilusión que le hace temer, sin motivo, el que llegue un día en que pierda la posesión del presente, ofreciéndole la imagen engañosa de un tiempo que carecería de ese presente. Esta ilusión es con relación al tiempo, lo que con

(1) Scolastici docuerunt, quod æternitas non sit temporis sine fine ac principio successio sed *nunc stans*; i. e. idem nobis *nunc esse*, quod erat *nunc* Adamo: i. e. inter *nunc* et *tunc* nullam esse differentiam.

relación al espacio, aquella otra por virtud de la cual imagina cada uno que el punto ocupado por él en el globo terrestre, es lo alto y todo lo demás lo bajo. Así es como cada cual relaciona lo presente con su propia individualidad, imaginándose que con ella todo presente desaparece, y que lo pasado y lo porvenir quedan entonces desprovistos de él. Mas así como en nuestro globo lo alto se encuentra en cada punto de su superficie, de igual manera lo presente es la forma de toda vida; temer la muerte por miedo de que nos arranque lo presente, no es más razonable que temer deslizarse hacia lo bajo del globo terrestre desde la altura en que se tiene la fortuna de estar ahora. La objetivación de la voluntad tiene por forma necesaria el *presente*, punto indivisible que corta la línea prolongada hasta lo infinito en ambas direcciones, y que permanece (el presente) inquebrantable, como un mediodía eterno que no fuera sucedido por noche alguna, ó semejante, si se quiere, al sol real que arde sin descanso cuando nos parece que se sumerge en el seno de la noche. Temer la muerte como si fuera la destrucción, es como si el sol en su ocaso exclamara gimiendo: «¡Ay! voy á perderme en una noche eterna» (1).

(1) En las *Conversaciones con Goethe*, de Eckermann, dice Goethe: «Nuestro espíritu es un ser de naturaleza indestructible, es algo que obra de eternidad en eternidad. Es como el sol que para nuestros ojos terrestres parece ponerse, pero que, en realidad, no se pone nunca y luce incesantemente.» Esta comparación la tomó Goethe de mí y no yo de él.

Estoy convencido de que en esa conversación, que data de 1824, la empleó, por una reminiscencia inconsciente quizá del anterior pasaje, que se encuentra ya textualmente en mi primera edición página 401, y que se repetía en la página 528, como ahora al final del § 65. Esta primera edición le había sido enviada en Diciembre de 1818, y en Marzo de 1819 me envió á Nápoles, donde me encontraba yo entonces, su aprobación, por conducto de mi hermana; á la carta

En cambio, lo inverso es también verdad. Aquel á quien abruma la carga de la vida, el que, aún amándola y afirmándola, teme sus dolores y no quiere soportar por más tiempo el penoso destino que le ha deparado la fortuna, espera en vano hallar la liberación en la muerte y salvarse por medio del suicidio. La puerta que le ofrece el Orco sombrío y helado, cuya calma le atrae, no es más que un vano espejismo. La tierra rueda sin cesar, pasando del día á la noche, el individuo muere, pero el sol arde sin tregua y el mediodía es eterno. La voluntad de vivir está segura de vivir; la forma de la vida es un presente sin fin é importa poco que los individuos, fenómenos de la Idea, nazcan y mueran semejantes á ensueños fugitivos. El suicidio se nos presenta aquí ya como un acto inútil é insensato. En las consideraciones siguientes se nos mostrará bajo un aspecto todavía menos favorable.

Los dogmas cambian y nuestro saber es engañoso, pero la naturaleza no se engaña nunca; su marcha es segura y ella no la oculta. Todo está entero en ella y ella está entera en todo. Tiene su centro en todo ser animado: el animal encuentra seguramente su ruta para entrar en la existencia, como la encontrará seguramente para salir de ella; mientras tanto, vive sin temor de la destrucción y sin cuidados, sostenido por la conciencia de ser la Naturaleza misma y de ser tan imperecedero como ella. Sólo el hombre lleva en sí la convicción abstracta de su muerte; pero, ¡cosa extraña! esta convicción sólo le inquieta por momentos, cuando alguna circunstancia se la recuerda á su imaginación. La reflexión ca-

de ésta unió una esquila en que había puesto los números de las páginas que le habían agradado particularmente: esto prueba que había leído mi obra.

rece casi de fuerza contra la poderosa voz de la Naturaleza.

También en el hombre, como en el animal, que no piensa, reina de un modo permanente esa seguridad que procede de la profunda conciencia de ser él mismo la Naturaleza, el mundo, lo cual impide que le atormente demasiado el pensamiento de una muerte inevitable que le amenaza de continuo, y á lo cual se debe que pueda proseguir con tranquilidad su vida, como si no debiera cesar nunca; esto va tan lejos que se podría afirmar que ningún hombre tiene la convicción arraigada y viva de que es necesario que muera, pues, de ser así, no podría haber una diferencia tan grande entre su estado de espíritu habitual y el de un condenado á muerte. Cada cual posee, en verdad, esta certidumbre en abstracto y teóricamente, pero la deja á un lado, como se hace con muchas verdades teóricas que jamás son aplicadas en la práctica, y no la da jamás acceso en su conciencia viviente. Para cualquiera que estudie con atención esta disposición particular del hombre resulta claro que ni el hábito, ni la resignación con lo inevitable, bastan para explicarla, y que su verdadero origen, que está mucho más hondo, es el que hemos indicado. Esto nos explica también cómo el dogma de una continuación cualquiera del individuo después de la muerte, ha existido siempre y ha estado en gran estima en todos los pueblos, aunque las pruebas sobre las cuales descansa hayan sido siempre muy insuficientes, mientras que las pruebas de la tesis contraria son sólidas y numerosas; esta última tesis hasta puede prescindir de pruebas, puesto que el sentido común la reconoce como un hecho, corroborado también por la certidumbre de que la Naturaleza no miente ni se engaña nunca, sino que muestra franca é ingenuamente cuanto es y cuanto hace, siendo nosotros los que velamos

todo esto con nuestras ilusiones, á fin de interpretarlo en el sentido que mejor conviene á los limitados horizontes de nuestro espíritu.

Acabamos de ver claramente que sólo el fenómeno individual de la voluntad es lo que comienza y acaba en el tiempo; pero que esto no afecta, ni á la voluntad, como cosa en sí, ni al correlativo de todo objeto, el sujeto conociente, y nunca conocido. Por otra parte, hemos visto que la voluntad de vivir tiene asegurada para siempre la vida; pero estas consideraciones no conducen á los dogmas de perpetuidad de que hablaba hace un instante. La voluntad considerada como cosa en sí y el puro sujeto conociente, ese ojo eterno del mundo, existen ambos fuera del tiempo y no conocen la permanencia ni la destrucción, que son condiciones temporales. De ahí que el egoísmo de individuo (que, como tal individuo, es un fenómeno particular de la voluntad, alumbrado por el sujeto del conocimiento) no pueda sacar de la doctrina que acabo de exponer, alimento ni consuelo para su deseo de durar infinitamente, pues no puede consolarse con la certeza de que después de su muerte el mundo seguirá existiendo, lo cual significa lo mismo que he dicho antes, pero desde un punto de vista objetivo, y por lo tanto, temporal. Pues si el individuo no es perecedero más que como fenómeno, siendo independiente del tiempo, es decir, eterno, en cuanto cosa en sí, por otra parte, sólo como fenómeno es distinto de los demás objetos. Como cosa en sí es la voluntad que se manifiesta en todas partes, y la muerte viene á disipar la ilusión que separa su conciencia de la conciencia universal: ahí está su perpetuidad. La exención de la muerte, atributo exclusivo de la cosa en sí, coincide, como fenómeno, con la duración del resto del mundo exterior (1).

(1) Los Vedas expresan este pensamiento diciendo que cuando

La conciencia profunda, aunque reducida al estado de mero sentimiento, de lo que acabamos de elevar á la categoría de noción distinta, es lo que preserva, como hemos dicho, hasta al mismo ser racional, de ver su existencia emponzoñada por el pensamiento de la muerte. Ella es la que da ese valor de vivir, que sostiene á todo lo viviente y hace que se viva sin miedo, como si la muerte no existiera, al menos mientras se ama y apetece la vida. Pero con todo, no impide esto que cuando la muerte se presenta en realidad ante el hombre, ó solamente en imaginación y tiene que contemplarla cara á cara, se apodere de él el temor de morir y trate por todos los medios de salvar su vida. Pues si su inteligencia, mientras estaba puesta en la vida como vida, debía reconocer en ella la eternidad, cuando la muerte se presenta, tiene que representársela como lo que es, es decir, como el fin temporal del individuo temporal. Lo que tememos en la muerte no es el dolor, pues por una parte el dolor existe evidentemente en la vida, y por otra, nos libramos muchas veces de él con la muerte, ó al revés, preferimos los más crueles dolores á una muerte que sería pronta y fácil. La muerte y el dolor son á nuestros ojos dos males distintos. Lo que tememos en la muerte es la destrucción del individuo, pues bajo esta forma es como se nos presenta, y como el individuo es la voluntad de vivir en una objetivación única, todo su ser se rebela contra la muerte.

---

muere un hombre, su sentido de la vista se confunde con el sol, su olfato con la tierra, su gusto con el agua, su oído con el aire, su palabra con el fuego, etc. (Upnek'hat, vol. I, p. 249 y sig.). Esto expresa también cierta ceremonia especial, en que el moribundo lega sus facultades y sus sentidos, uno á uno, á su hijo, en el cual deben continuar existiendo desde entonces (Ibid., vol. II, p. 82 y siguientes).

Pero allí donde el sentimiento nos abandona, acude la razón que se sobrepone en gran parte á esas penosas impresiones, elevándonos á un punto de vista desde donde podemos percibir lo general, en vez de lo particular. Un conocimiento filosófico de la esencia del mundo, llegado al punto en que nos encontramos, aunque no fuera más allá, podría ayudar al hombre á vencer los terrores de la muerte, en la proporción en que el sentimiento inmediato quedara dominado en su ánimo por la reflexión. Un hombre que se penetrara profundamente de las verdades que acabo de enunciar, pero que no se hallase en estado de reconocer, ya por su experiencia propia, ya por el alcance de su espíritu, que el fondo de la vida es un dolor perpetuo, sino que, por el contrario, estuviera satisfecho con la existencia, y encontrándola á su gusto deseara, con reflexión serena, que su vida durase indefinidamente y comenzara sin cesar; un hombre, en fin, que tuviese bastante amor á la vida para pagar sus goces con los cuidados y tormentos á que está sujeta, *descansaría con sólida planta sobre el firme suelo de la eterna máquina redonda*, y no tendría nada que temer. Armado con el conocimiento que hemos apuntado, vería con indiferencia llegar la muerte en alas del tiempo. La miraría como una apariencia engañosa, como un fantasma impotente, propio para asustar á los débiles, pero que no aterra al que sabe que él mismo es esa voluntad de que el mundo es la objetivación y la copia; y que tiene asegurada la vida para siempre, así como el presente, forma real y única del fenómeno de la voluntad. A este hombre no podría intimidarle ningún pasado ni ningún porvenir indefinido en que él no existiera, pues los consideraría como un vago espejismo, como el velo de Maya, y no temería á la muerte, como el sol no teme á la noche.

Esta manera de ver las cosas es la que enseña

Chrisna en el Bhagavat Gita á su discípulo novicio Arjuna, cuando éste, ante el espectáculo de los ejércitos que van á venir á las manos, se siente poseído de tristeza (como se cuenta de Jerjes) y quiere renunciar á la lucha para evitar la muerte de tantos millares de hombres: Chrisna llega á convencerle y entonces la destrucción de tantas existencias no le detiene ya y da la señal de ataque.

Esto mismo es lo que expresa el Prometeo de Goethe, cuando dice: *«Heme aquí formando al hombre—á mi imagen—una raza igual á mí—para sufrir, para llorar—para gozar y divertirse—y para no cuidarse de ti—como yo!»* Igualmente conducirían á este resultado la filosofía de J. Bruno y la de Spinoza, si sus errores y sus imperfecciones no vinieran á alterar esta convicción. La filosofía de Bruno no tiene verdadera moral; la de la filosofía de Spinoza no se deduce del todo de sus doctrinas; y aunque hermosa y laudable en sí, se enlaza con ellas por medio de argumentos débiles y de visibles sofismas. En fin, en este mismo punto de vista se colocarían muchas personas si su conocimiento marchase á par con su voluntad, es decir, si fueran capaces de desechar toda ilusión á fin de comprenderse perfectamente á sí mismos; pues este es, para el conocimiento, el punto de vista absoluto de la afirmación del deseo de vivir.

He aquí lo que entiendo por la voluntad afirmándose. Aunque su objetividad, es decir, la vida y el mundo, la hacen reconocer clara y enteramente su propia esencia bajo la forma de representación, este conocimiento no coarta en modo alguno su querer; sigue deseando la vida tal como es y tal como acaba de conocerla y así como la quería, ignorándola, con impulso ciego, la apetece ahora después del conocimiento, con conciencia y reflexión.

Lo contrario, la negación de la voluntad de vivir ocu-

re cuando el conocimiento aniquila su querer. Los fenómenos aislados que percibe no obran ya sobre la voluntad como *motivos* para estimularla; por el contrario, en la concepción de las Ideas que reflejan su propia imagen y le enseñan á conocer la esencia del mundo, encuentra un calmante, un *aquietador*, que la serena y la impulsa á anularse libremente ella misma.

Estas nociones enteramente nuevas y difíciles de comprender cuando son expresadas en formas generales, espero que resultarán perfectamente claras cuando haya expuesto, como voy á hacerlo en breve, los fenómenos, ó mejor dicho, las acciones en las cuales se manifiesta, por una parte, la afirmación en sus diferentes grados, y por otra, la negación. Ambas se derivan, en verdad, del conocimiento; pero no de un conocimiento abstracto que pueda expresarse con palabras, sino de un conocimiento vivo que se traduce en hechos, y en la conducta del hombre, independientemente de los dogmas que puedan ocupar su razón bajo la forma de nociones abstractas. El único fin que aquí persigo es exponerlas ambas y tratar de hacerlas comprensibles, pero no en modo alguno recomendar ésta ó aquella, lo cual, por otra parte, sería tan absurdo como inútil, puesto que la voluntad es en sí absolutamente libre, se determina por sí misma y no conoce leyes. Esta *libertad* y su relación con la necesidad es lo que ahora vamos á examinar y á precisar bien, antes de pasar á las consideraciones antes anunciadas. Tenemos que exponer también respecto de la *vida*, cuya afirmación ó negación constituye nuestro problema, algunas observaciones generales concernientes á la voluntad y á sus objetos. Esto nos ayudará mucho á comprender en su esencia más íntima la significación moral de la conducta, que forma el objeto de nuestro estudio.

La presente obra, como ya he dicho, no es más que